

Georg Simmel

Las grandes ciudades y la vida del espíritu

CULTURA Y AUTONOMÍA

Los problemas fundamentales de la vida moderna provienen del hecho de que el individuo anhela a cualquier precio —ante las fuerzas aplastantes de la sociedad, de la herencia histórica, de la civilización y de las técnicas— preservar la autonomía y la originalidad de su existencia: último avatar del combate contra la naturaleza que el primitivo debe entablar para asegurar su sobrevivencia *física*. El siglo XVIII pudo apelar al hombre a que se liberara de todos los vínculos tradicionales (en el Estado y la Religión, la Moral y la Economía) a fin de que se desarrollara sin trabas su naturaleza, originariamente buena e idéntica en todos; el siglo XIX pudo a su vez proclamar, al lado de la libertad, el carácter único de cada hombre y de sus actividades, mediante la división del trabajo que hace al individuo irreductible a los otros e irremplazable en la medida de lo posible, pero que lo hace, simultáneamente, depender de sus semejantes; Nietzsche, en fin, pudo ver en la lucha más desenfadada de cada uno contra todos —o el socialismo pudo ver en la supresión de toda competencia— la condición del desarrollo completo de la persona; en todos esos esfuerzos se manifiesta el mismo tema fundamental: la resistencia del sujeto, que siente la amenaza de ser nivelado y usado por un mecanismo a la vez social y técnico. Cuando interrogamos los productos específicos de la vida moderna para descubrir lo que encubren, cuando en cierta forma pedimos al cuerpo de la civilización que nos devuelva su alma —tarea que me incumbe hoy por lo que toca a nuestras grandes ciudades—, debemos buscar la ecuación que se establece entre los contenidos individuales y supraindividuales de la vida, los medios que emplea la personalidad para adaptarse a las fuerzas que le son extrajeras.

LA GRAN CIUDAD PONE A PRUEBA LA AFECTIVIDAD

El fundamento psicológico sobre el cual reposa el tipo del *ciudadino** es la *intensificación de la vida nerviosa*, que proviene de una sucesión rápida e ininterrumpida de impresiones,

Menospreciado en el mundo académico alemán de comienzos de siglo debido a la “poca seriedad” y al “exceso de literatura” de sus ensayos filosóficos, Georg Simmel (1858-1918) —amigo de Max Weber y Edmund Husserl, maestro de Georg Luckács— se muestra al lector de nuestro tiempo como un pensador de inusitada agudeza en el develamiento de los rasgos más profundos y característicos de la modernidad. En su obra más original, *La filosofía del dinero* (1900), su descripción de las estructuras elementales de la socialización humana avanza hasta emparejarse con el discurso de Marx. Examina la forma que ellas adoptan en el mundo organizado a partir de la circulación de mercancías y en torno a la existencia del dinero. El presente ensayo es un corolario de esta obra. De Simmel se encuentra en español: *Problemas de filosofía de la historia*, *Schopenhauer y Nietzsche*, *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, *Problemas fundamentales de la filosofía*, *Cultura femenina y otros ensayos*, *Intuición de la vida y Goethe*.

* A lo largo de este artículo emplearemos las palabras *urbano* y *ciudadino* en el sentido de *grossstädtisch*, *Grossstädter* (relativo a la gran ciudad, habitante de gran ciudad) por oposición a *kleinstädtisch*, *Kleinstädter*. [T.]

tanto internas como externas. El hombre es un ser “diferencial”: su conciencia se excita por la diferencia entre la impresión presente y aquella que la precedió; las impresiones prolongadas, la poca oposición entre ellas, la regularidad de su alternancia y de sus contrastes, consumen en cierta forma menos conciencia que la rapidez y concentración de imágenes variadas, la diversidad brutal de los objetos que uno puede abarcar con una sola mirada, el carácter inesperado de impresiones todas poderosas. Al crear precisamente estas condiciones psicológicas —sensibles a cada paso que damos en la calle, provocadas por el ritmo rápido, la diversidad de la vida económica, profesional y social— la gran ciudad introduce en los fundamentos sensitivos mismos de nuestra vida moral, dada la cantidad de conciencia que reclama, una diferencia profunda respecto de la ciudad pequeña y el campo cuya vida, lo mismo sensitiva que intelectual, transcurre con un ritmo más lento, más habitual, más regular. Esto nos permite comenzar a entender por qué, en una gran ciudad, la vida es más intelectual que en una ciudad pequeña, donde la existencia se funda más bien sobre los sentimientos y los lazos afectivos, los cuales se arraigan en las capas menos conscientes de nuestra alma y crecen de preferencia en la calma regularidad de las costumbres.

El tipo del ciudadano —que se manifiesta naturalmente en una multitud de formas individuales— crea para sí mismo un órgano de protección contra el desarraigo con que lo amenazan la fluidez y los contrastes del medio ambiente; reacciona ante ellos no con sus sentimientos, sino con su razón, a la cual la exaltación de la conciencia —y por las razones mismas que la hicieron nacer— le confiere primacía; así, la reacción a los fenómenos nuevos se ve transferida al órgano psíquico menos sensible, el más alejado de las profundidades de la personalidad.

EL CIUDADINO REACCIONA MEDIANTE LA ABSTRACCIÓN

Este carácter racional, en el que acabamos de reconocer el escudo de nuestra vida subjetiva contra la violación con que nos amenaza la gran ciudad, se ramifica en numerosos fenómenos particulares. Las grandes ciudades han sido desde siempre el asiento de la economía monetaria, ya que la diversidad y la concentración de los intercambios han conferido al que es su instrumento una importancia que nunca hubieran provocado los escasos intercambios a que daba lugar la economía rural. Ahora bien, economía monetaria y predominio del intelecto están íntimamente ligados. Tienen en común la manera puramente objetiva como abordan a los hombres y las cosas, y en la cual una justicia formal se alía con frecuencia a una dureza implacable. El hombre puramente racional es indiferente a toda realidad individual: esta última crea relaciones y reacciones que no pueden aprehenderse con la sola razón; esto es exactamente como el principio del dinero, que permanece cerrado a toda individualidad de los fenómenos. El dinero no se interesa más que en lo que es común, es decir, el valor de intercambio que nivela toda cualidad, toda particularidad, interrogando tan sólo la cantidad. Si las relaciones afectivas entre personas se fundan en su individualidad, las relaciones racionales hacen de los hombres elementos de cálculo, indiferentes en sí mismos y sin más interés que el de su rendimiento, grandeza objetiva: el ciudadano hace de sus proveedores y sus clientes, de sus sirvientes y con demasiada frecuencia de las personas con que la sociedad lo obliga a mantener buenas relaciones, elementos de cálculo, mientras que en un ambiente más restringido el conocimiento inevitable que tenemos de los individuos provoca, de manera igualmente

inevitable, una coloración más sentimental del comportamiento y nos hace rebasar la evaluación puramente objetiva de lo que damos y lo que recibimos. Para hablar en términos de psicología económica, lo esencial es que en un marco más primitivo las mercancías se producen directamente para el cliente que las ordena, de manera que productor y consumidor se conocen el uno al otro. La gran ciudad moderna, en cambio, se alimenta casi exclusivamente de la producción destinada al mercado, es decir, destinada a clientes del todo desconocidos del productor propiamente dicho. Esto confiere al interés de ambas partes una objetividad implacable, y su egoísmo económico, que se libra a cálculos racionales, no debe temer desviarse de sus fines a causa de lo imponderable de las relaciones individuales. Según la expresión del más grande de los historiadores ingleses de las constituciones, Londres jamás se comportó como el corazón de Inglaterra, sino frecuentemente como su razón y siempre como su bolsa.

EL SÍMBOLO DEL RELOJ DE PULSERA

Un rasgo aparentemente muy secundario hace confluír de manera característica las mismas tendencias profundas. El espíritu moderno se ha hecho más y más calculador; al ideal de la ciencia, que consiste en transformar el mundo en una serie de fórmulas algebraicas, corresponde la exactitud de la vida práctica tal como la ha labrado la economía monetaria; es obra de ella que tantos hombres pasen la jornada pensando, evaluando, calculando, cifrando, reduciendo valores cualitativos a valores cuantitativos. La esencia del dinero, que es el cálculo, ha introducido en las relaciones entre elementos de la existencia una precisión, una seguridad en la determinación de lo que es equivalente y de lo que no lo es, una tal certidumbre en las convenciones y los arreglos de los hombres entre sí, que la difusión universal de los relojes de pulsera puede considerarse su manifestación objetiva y su símbolo. Ahora bien, son las condiciones de existencia en las grandes ciudades las que vienen a ser a la vez la causa y la consecuencia de este fenómeno. Las relaciones y los negocios del ciudadano son a tal punto múltiples y complicadas y ante todo, a causa del hacinamiento de tantos hombres con preocupaciones tan diversas, sus contactos y sus actividades se enmarañan en una red tan compleja, que sin la puntualidad más absoluta en el cumplimiento de las citas, el conjunto se desmoronaría en un caos inextricable. Si bruscamente todos los relojes de pulsera de Berlín se pusieran a avanzar o retrasar de manera discordante, así fuera durante un máximo de una hora, toda la vida económica y social quedaría completamente descompuesta durante un largo tiempo. A esto se añade, fenómeno aparentemente más superficial, la magnitud de las distancias, que hace que toda espera o desplazamiento inútil provoquen una pérdida de tiempo que resulta imposible soportar. Es así que ya no se puede imaginar en absoluto la técnica de la vida urbana sin que todas las actividades y todas las relaciones queden encerradas de la manera más precisa dentro de un esquema rígido e impersonal.

Aun cuando las existencias autónomas no son para nada imposibles en una gran ciudad, son sin embargo opuestas al tipo que la ciudad crea; así se explica el odio apasionado que naturalezas como las de Ruskin y Nietzsche sentían por las grandes ciudades: para esas naturalezas el valor de la vida está hecho únicamente de particularidades, de diversidad, de individualidad, y en ellas el odio a la ciudad se alimenta en la misma fuente que el odio a la economía monetaria y al intelectualismo.

EL "BLASÉ" O HASTIADO, PRODUCTO-TIPO DE LA GRAN CIUDAD

Los mismos factores que, a consecuencia de la exactitud, la precisión rigurosa de los modos de existencia, se han petrificado así para formar un edificio sumamente impersonal, actúan por otra parte sobre uno de los rasgos más personales que haya. No hay fenómeno más exclusivamente propio de la gran ciudad que el hombre *blasé*, el hastiado. Así como una vida de placeres inmoderados puede hastiar, porque exige de los nervios las reacciones más vivas, hasta ya no provocarlas en absoluto, así impresiones sin embargo menos brutales arrancan al sistema nervioso, debido a la rapidez y la violencia de su alternancia, respuestas a tal punto violentas, lo someten a choques tales, que gasta sus últimas fuerzas y no tiene tiempo de reconstituirlas. Es precisamente de esta incapacidad para reaccionar a nuevas excitaciones con una energía de misma intensidad que deriva el hartazgo del hombre *blasé*; incluso los niños de las grandes ciudades presentan ese rasgo, si se los compara con niños originarios de un medio más apacible y menos rico en sollicitaciones.

A este primer origen psicológico se añade otro, que atañe a la economía monetaria. Lo que define al hombre *blasé* es que se ha vuelto insensible a las diferencias entre las cosas; no que no las perciba, ni que sea estúpido, sino que la significación y el valor de esas diferencias, y por tanto de las cosas mismas, él los percibe como negligibles. Los objetos se le aparecen en una tonalidad uniformemente sosa y gris; ninguno se juzga digno de preferencia. Esta actitud es el reflejo subjetivo de la economía monetaria en su apogeo; el dinero, al integrar uniformemente la diversidad de las cosas, al expresar las diferencias de calidad por diferencias cuantitativas, al arrogarse, pese a su carácter exangüe, el papel de denominador común de todos los valores, se convierte en el más aterrador de todos los igualadores y roe irremediabilmente el corazón de las cosas, su individualidad, su valor específico, su originalidad. Las cosas nadan todas con el mismo peso específico en una corriente constantemente móvil, se encuentran todas en el mismo plano y no se distinguen más que por las superficies que recubren.

LA RESERVA

Su instinto de conservación de cara a la gran ciudad fuerza al individuo a adoptar una posición no menos negativa hacia el medio social. La actitud de los ciudadanos ante sus semejantes, puede, de un punto de vista formal, calificarse de reserva. Si a los contactos incesantes con individuos innumerables debiera responder una cantidad igual de reacciones interiores, como sucede en las pequeñas ciudades donde uno conoce a casi todos los que encuentra y mantiene con ellos relaciones positivas, uno acabaría por atomizarse completamente y por llegar a un estado psicológico inimaginable. Es en función de estas condiciones psicológicas y de la desconfianza que tenemos derecho a experimentar ante los elementos dispares, fugitivos, de la vida urbana, que nos vemos obligados a esa reserva que hace que no conozcamos ni de vista siquiera a vecinos que habitan desde hace años nuestro edificio, y que parezcamos fríos o duros a ojos de los habitantes de las ciudades pequeñas. Más aún, si no me equivoco, hay detrás de esta reserva visible una ligera aversión, un sentimiento de extrañeza y de repulsión hacia los otros, que en el momento de un contacto más estrecho —establecido por cualquier razón— se mudaría inmediatamente en hostilidad y odio. Toda la organización psicológica de una vida de comunicaciones sociales tan

extendida y tan compleja reposa sobre una pirámide extremadamente variada de simpatías, de indiferencias y de aversiones, breves o prolongadas, dado que la esfera de la indiferencia es más restringida de lo que parecería a primera vista.

En rigor, la indiferencia nos sería tan poco natural como nos sería insoportable la confusión de sugerencias recibidas en mescolanza; y es de esos dos peligros característicos de la civilización urbana que nos protege la antipatía, estadio preparatorio y latente del antagonismo práctico; es ella la que crea las distancias que tomamos hacia los demás, nuestra necesidad de evitarlos, sin la cual no podríamos vivir nuestra existencia: es su intensidad, la asociación de sus diferentes variantes, el ritmo que regula su nacimiento y su desaparición, las maneras de darle satisfacción, lo que crea, junto con los motivos más estrechamente asociativos, el todo indisoluble de la vida urbana: lo que en primera instancia parece derivar de la disociación no es, en el fondo, más que una de las formas elementales que toma allí la socialización.

LIBERTAD OFRECIDA POR LA GRAN CIUDAD

Esta reserva que culmina a veces en aversión oculta también se debe a otro factor mucho más general: las grandes ciudades otorgan al individuo una forma y un grado de libertad que no tienen ejemplo en otras partes.

RESTRICCIONES DE LAS CIUDADES PEQUEÑAS

La vida en la pequeña ciudad, tanto en la Antigüedad como en el Medievo, impone al individuo una limitación tal de sus movimientos y de sus relaciones con el exterior, de su independencia y de su diferenciación, en el seno del grupo, que al hombre moderno le haría insoportable la existencia: en nuestros días el ciudadano, trasplantado a una pequeña ciudad de provincia, sufre una impresión análoga de asfixia. Conforme más restringido es el círculo que conforma nuestro medio, más limitadas son las relaciones exteriores que pueden romperlo, y conforme más el grupo al que pertenecemos vela celosamente sobre el trabajo, la vida y las opiniones del individuo, mayores son los riesgos de que los particularismos cuantitativos y cualitativos rompan la unidad del conjunto. Desde ese punto de vista, la ciudad antigua parece haber poseído todas las características de una ciudad pequeña. Si la vida de Atenas fue a ese grado variada y frenética, si conoció una tal riqueza de coloraciones, se debe tal vez a que un pueblo de carácter extraordinariamente individualista luchó contra la presión constante, tanto interna como externa, de una pequeña ciudad hostil a toda vida personal. Del mismo modo que en la época feudal el hombre libre era aquel que no respondía sino ante la justicia del príncipe —es decir de la más vasta entidad social, mientras que el que no respondía ante el príncipe dependía de su soberano directo dentro del marco estrecho de la feudalidad—, así el ciudadano de nuestro tiempo es “libre” en un sentido más intelectual y más sutil, en contraste con las mezquindades y restricciones de toda especie que constriñen al habitante de la pequeña ciudad. La reserva y la indiferencia de unos hacia otros, consecuencia de un medio de vastas dimensiones, favorecen de manera más sensible la independencia del individuo sobre todo en el bullicio de las grandes ciudades: la promiscuidad física hace que aparezca de manera más llamativa la distancia moral entre individuos; el hecho de que uno se sienta a veces más solitario, más

abandonado que en cualquier otro sitio, no es evidentemente más que el reverso de esta libertad, pues en este caso, como en otros, no es para nada necesario que la libertad del hombre se refleje en su bienestar.

DIMENSIÓN PLANETARIA DE LA GRAN CIUDAD

Las grandes ciudades han sido en todo tiempo el lugar de elección del cosmopolitismo. Del mismo modo que la fortuna personal, luego de rebasar un cierto estadio, se desarrolla cada vez más rápidamente y como automáticamente, así también el horizonte, las relaciones económicas, personales, intelectuales de la ciudad, su esfera de influencia ideal, se agrandan en cierta forma en progresión geométrica, no bien se traspone un cierto límite; toda extensión ganada le sirve de etapa para una extensión más considerable, a cada hilo que lanza se agregan otros, del mismo modo que en el interior de la ciudad el *unearned increment* de la renta del suelo procura a los propietarios, mediante el simple incremento de la circulación de los bienes, de las ideas y de los hombres, un ingreso en aumento constante. Llegado a ese punto, el incremento cuantitativo conduce directamente a una transformación cualitativa. La esfera de existencia de la pequeña ciudad se limita en lo esencial a sí misma. Lo que es esencial en el caso de la gran ciudad es que su vida interna se extiende en ondas concéntricas sobre un vasto dominio nacional e internacional. Weimar no es prueba de lo contrario, ya que su importancia se debía a personalidades aisladas y desapareció con ellas, mientras que la gran ciudad se caracteriza precisamente por su independencia esencial respecto incluso de las mayores personalidades: es el anverso y el precio de la libertad de que puede beneficiarse el individuo. El rasgo más significativo de la gran ciudad reside en esta dimensión funcional que sobrepasa de lejos sus dimensiones concretas: y esta acción sobre el exterior acarrea una reacción en sentido contrario, que da a su vida peso, importancia y responsabilidad. Así como el individuo no se halla confinado en el espacio que ocupa su cuerpo, ni al espacio donde cumple su actividad inmediata, sino que se extiende hasta los puntos donde se hacen sentir los efectos temporales y espaciales de esta actividad, así la gran ciudad no tiene más límites que aquellos que alcanza el conjunto de las acciones que ejerce allende sus fronteras. Tal es su verdadera dimensión, aquella donde se expresa su ser.

INDIVIDUALISMO E INTELECTUALISMO

Paralelamente a su extensión creciente, la ciudad ofrece cada vez más y más netamente las condiciones necesarias para la división del trabajo: un medio que, por su tamaño, puede recibir una multitud de productos diversos, mientras que al mismo tiempo la concentración de individuos y su lucha por adquirir una clientela los fuerza a especializarse, de manera tal que cada uno de ellos sólo muy difícilmente puede ser eliminado por otros. Lo que cuenta ante todo es que la vida en las grandes ciudades ha transformado el combate por el alimento en un combate por el hombre, que el objeto de esta lucha ya no lo concierne la naturaleza, sino el hombre. Es aquí que reside no solamente el origen de la especialización que acabamos de evocar, sino también de otra característica más profunda: el vendedor no puede cesar de provocar en el comprador necesidades nuevas y cada vez más particulares. La necesidad de especializar los productos y los servicios para descubrir una fuente de

ganancia no agotada aún, función para la cual no es fácil hallar un sustituto, impulsa la diferenciación, el afinamiento, el enriquecimiento de las necesidades del público, lo que visiblemente debe conducir a su vez a diferencias personales crecientes.

Esto nos conduce a la individualización de los rasgos más especialmente intelectuales de la personalidad que la ciudad suscita a medida que crece. Vamos a descubrir para este fenómeno toda una serie de causas evidentes. Para empezar, la dificultad de hacer valer la propia personalidad en el marco de la gran ciudad. Aquel que ve que su importancia cuantitativa y su energía alcanzan un límite, recurre a las distinciones cualitativas para, de una u otra manera, atraer sobre sí la atención del medio social, al excitar su sensibilidad a las diferencias: lo cual lleva finalmente a los extravíos más extraños, a las extravagancias específicamente ciudadinas de la originalidad a cualquier precio, del capricho, del preciosismo, dado que el sentido de estos comportamientos ya no reside para nada en su contenido sino en su forma misma, en el deseo de ser otro, de distinguirse y por tanto de hacerse notar; lo cual, para muchos hombres, es la única manera de preservar, mediante un rodeo por la conciencia de los otros, la estima de sí y la certeza de ocupar un cierto lugar en el seno de la sociedad.

CULTURA DEL OBJETO EN LA GRAN CIUDAD

Sin embargo, la razón más profunda que hace que la gran ciudad lleve a la existencia personal más individualizada —lo que no quiere decir que siempre lo haga conforme a derecho ni con éxito— me parece que es la siguiente. La evolución de la civilización moderna se caracteriza por el predominio de lo que podemos llamar el espíritu objetivo en contraste con el espíritu subjetivo: en la lengua como en el derecho, en las técnicas de producción como en las artes, en la ciencia como en los objetos que forman el marco de nuestra vida doméstica, se encuentra concentrada una suma de inteligencia cuyo crecimiento continuo, casi cotidiano, no es seguido más que incompletamente y a una distancia cada vez mayor por el desarrollo intelectual de los individuos. Si abarcamos con la mirada la inmensa civilización que desde hace cien años se encarnó en las cosas y los conocimientos, en las instituciones y los instrumentos del confort, y si comparamos con esta expansión el proceso que la cultura de los individuos ha realizado en el mismo lapso —por lo menos en las capas sociales más altas—, comprobamos una aterradora diferencia de ritmo e incluso, en ciertos puntos, una regresión en materia de espiritualidad, de fineza, de idealismo. Esta brecha creciente, en lo esencial, es resultado de la división creciente del trabajo: pues ésta reclama del individuo una actividad cada vez más parcelaria, cuyas formas extremas provocan demasiado a menudo el languidecimiento del conjunto de su personalidad. Sea como sea, el individuo resiste cada vez menos bien a una civilización objetiva cada vez más invasora. Menos tal vez en su conciencia que en la práctica; y por los sentimientos vagos y generales que resultan de ello, el individuo se encuentra rebajado al rango de “cantidad negligible”, de mota de polvo frente a una enorme organización de objetos y de poderes que, poco a poco, arrebatan a su poder propio todo progreso, toda vida intelectual, todo valor. Que nos baste recordar que las grandes ciudades son el lugar de elección de esta civilización que desborda todo contenido personal. Allí se ofrece a nosotros, bajo la forma de edificios, de establecimientos de enseñanza, en los milagros y el confort de las técnicas de transporte, en las formas de la vida social y en las instituciones visibles del Estado, una abundancia a tal grado aplastante de Espíritu cristalizado,

despersonalizado, que el individuo no consigue, por así decirlo, mantenerse de cara a él. Por un lado, la vida se le vuelve al individuo infinitamente fácil, pues de todas partes se le ofrecen incitaciones, estímulos, ocasiones de colmar el tiempo y la conciencia, que lo arrastran en su corriente al grado de dispensarlo de tener que nadar por sí mismo. Pero por otro lado la vida se compone de cada vez más elementos de éstos, de esos espectáculos impersonales que sofocan los rasgos verdaderamente individuales y distintivos; de ahí que los elementos personales deban, para subsistir, hacer un esfuerzo extremo; es preciso que lo exageren, aunque sólo sea para seguir siendo audibles, en primer lugar para sí mismos. La atrofia de la cultura individual como consecuencia de la hipertrofia de la cultura objetiva es una de las razones del odio feroz que los sacerdotes del individualismo extremo, comenzando por Nietzsche, profesan por las grandes ciudades; pero es también una razón del amor apasionado que se siente por ellos precisamente en esas grandes ciudades donde aparecen como los profetas y los mesías de aspiraciones insatisfechas.

Para quien se interrogue sobre el lugar en la historia de las dos formas de individualismo nacidas de las condiciones cuantitativas de la vida urbana —la independencia individual y el desarrollo de la originalidad de la persona—, la gran ciudad adquiere una renovada importancia. El siglo XVIII en sus inicios encontró al individuo constreñido por vínculos políticos, agrarios, corporativos y religiosos que lo violentaban y habían acabado por perder toda razón de ser, con lo que imponían una forma de existencia antinatural y desigualdades injustas. Fue en esta situación que nació la sed de libertad e igualdad —la creencia en la libertad total del individuo en todas las circunstancias, tanto sociales como intelectuales—, que haría resurgir de inmediato en todos los hombres el noble fondo común que la naturaleza había depositado ahí y que la sociedad y la historia se habían limitado a deformar. Al lado del ideal del liberalismo, se desarrolló otro ideal a lo largo de todo el siglo XIX, expresado por Goethe y el romanticismo por una parte, provocado por otra parte por la división del trabajo: los individuos liberados de sus vínculos tradicionales ahora desean distinguirse unos de otros. El valor del hombre ya no consiste en “el hombre en general”, sino en esa singularidad que impide que cada cual se confunda con sus semejantes. Al combatirse y combinarse de diversas formas, esas dos maneras de atribuir al sujeto su papel en la sociedad han determinado la historia tanto política como espiritual de nuestro tiempo. El papel de las grandes ciudades consiste en proporcionar el teatro de estos combates, y de sus intentos de conciliación.

[Traducción de Héctor Manjarrez]